

lo que se lee

Pepito Turina



Julio Barrenechea y Ana, su esposa.

EL COMPADRE MUCHO GASTA

JULIO BARRENECHEA desde siempre ha dilapidado gracia para escribir. En publicaciones de prosa, recordando la infancia, el colegio, o los amigos, ha confeccionado arlequinescas secuencias que forman un todo muy particular. Su amenidad es superamenidad. No se encuentra sólo aquí, sino en muchos otros escritos que ha publicado en diarios y revistas. Analizando su poesía, tampoco hay ausencia de esta cualidad. Llamarse uno de sus libros de versos "El mitin de las mariposas", ¿no demuestra una festiva metáfora?

Pedro Nardal, el malévolo innato de esta historia, es un hombre existente, enmascarado bajo un nombre falso, cuyo vivir humano y sobrevivir literario es para el biógrafo un actor inigualable, que le da motivos para una socarrona comedieta.

Nardal es un personaje resbaladizo transformado en diversión literaria. En un friso de lo increíble, ha escrito Julio Barrenechea páginas regocijantes. Lo sucio de un vestuario y de un alma, se vira y se revira, como el traje del protagonista,

mostrando el forro y las costuras. Con puntadas certeras, con una aguja que hilvana bien, valora los defectos de su elegido, para hacer reír, siendo que sería mejor llorar sobre la baja calidad de un ser de tal naturaleza. Nardal entró a la Escuela de Leyes a estudiar y saber qué se le puede sacar a la ley para burlarla. Deseando ser propietario, compraba o construía casas con pillería. Comía, bebía y vivía gastando lo menos posible. Y hasta logró ser una falsa "carga de familia" en la planilla de sueldos de su propia mujer.

Un libro picaresco, que describe a un aprovechador transformando en hilarante la vida de un hombre que sólo hace lo que no se debe hacer. Se le puede pegar la etiqueta de "cómico", según lo que expresa y, sobre todo, cómo lo expresa. El autor usó sus dotes mentales para redactar hábiles líneas divertidas. Lo que expone es el baile de un juguete destartado, cuya mecánica sirve para entretener unos momentos, deseando que se le acabe la cuerda, para que muera y se abandone en el desván de los muñecos despreciables.